

BARCA VARADA

por Ana Vega Burgos

(Madre e hija en una isla de Alzheimer)

Se deslizó como una sierpe silenciosa
que se cuela a traición y por la espalda.
Fue asomando despacio, entre las flores
de su balcón, los guisos del invierno
y su aroma a cristales de agua clara.

La amortajó en sus velos
el remolino oscuro del olvido,
y ante rostros sin nombre y sentir sin palabras,
caí con ella, vencida,
sintiendo en mi costado las heridas
de sus alas quebradas.

Se acabaron las tardes de costura
detrás de la ventana,
y las coplas que, con su dulce voz,
mientras barría la puerta, canturreaba.

Se detuvo la vida;
aunque respira y yo también respiro,
no somos más que barcas sin remos y sin nombre,
varadas en la playa.

Su mano busca sin saber que es mano.
Sus ojos se estremecen al mirarla.

A su lado, mi mano,
como un pájaro triste que temblara,
se acerca despacito,
la acaricia, la atrapa.

Ella me mira, ausente.
Su lejanía me duele en el centro del alma.

A su lado yo, siempre.
Pero... ella no lo sabe.
¡Ya ella no sabe nada!

A mí me duele el corazón al verte
y a ti la desmemoria te ha vuelto niña amarga.
Mi niña desvalida, ¡ay!, niña grande
con las arrugas que la vida talla.

Ahora yo te devuelvo cada beso
y tú ahora me devuelves cada lágrima.

Tú te pierdes despacio, muy despacio,
en tu espiral de negras madrugadas,
y yo busco y no encuentro
tu amor, tu risa que era como un susurro de agua.

Estás pero no eres.
Laguna seca, madre. Despojada.

Te vas marchando y yo ya no te alcanzo.
Paloma gris. Paloma
con las alas cortadas.